

Líbano y Siria: entre la disociaci3n y el desbordamiento

Lebanon and Syria: between dissociation and spillover

Javier Lion Bustillo

Investigador del Grupo de Estudios de Historia Actual (Universidad de Cádiz) y Profesor-Tutor en la UNED (Sevilla)
javlion@sevilla.uned.es

Resumen: La guerra civil siria supone un elevado riesgo de extensi3n de la violencia hacia el Líbano, lo que se explica por distintos factores tanto derivados del conflicto vecino como por otros existentes en la política libanesa. Esto ha conducido a una fuerte colaboraci3n del Movimiento de Futuro de la familia Hariri y de Hezbolá con sus respectivos aliados en Siria, hecho que ha minado la política de disociaci3n del anterior primer ministro libanés Najib Mikati. Sin embargo, los dirigentes de estos partidos tienden a equilibrar su voluntad de conservar su liderazgo confesional con una imagen de defensores de los intereses nacionales. Ello limita la posibilidad de un conflicto abiertamente sectario, aunque no la elimina totalmente.

Palabras clave: Líbano, Siria, conflicto civil, confesionalismo, desbordamiento

Abstract: *The risk of Syrian civil war violence spreading towards Lebanon is high. This can be explained by various factors deriving as much from the neighbouring conflict as from other existing factors in Lebanese politics, which have led to the significant collaboration of Lebanon's Future Movement and Hezbollah with their respective allies in Syria, and to undermining Najib Mikati's dissociation policies. However, the leaders of those parties tend to balance their will to preserve their confessional leadership with an image of being the defender of national interests. This limits the possibility of an openly sectarian conflict, but it does not totally eliminate it.*

Key words: *Lebanon, Syria, civil conflict, confessionalism, spillover*

Desde el momento de su independencia en 1946, Siria ha tenido un papel clave en la política de Oriente Próximo, bien como actor principal o como objeto en disputa por parte de otras potencias. A ello hay que añadir su indudable peso cultural y su estratégica posición geográfica, lo que explica el fuerte impacto regional de su guerra civil y el riesgo de desbordamiento de la misma. El país en el que este efecto de desbordamiento resulta más probable es el Líbano, al reunir ciertas condiciones que lo hacen especialmente vulnerable. En primer lugar, posee una larga tradición de luchas internas, destacando su no lejana guerra civil (1975-1990); por otra parte, es un Estado con unas élites fuertemente divididas, de manera que a menudo recurren a alianzas exteriores para consolidar su posición interna, al tiempo que distintas potencias ejercen allí su influencia con vistas a reforzar sus intereses (Saouli, 2006). Es habitual que los estallidos de violencia en el Líbano sean percibidos como luchas entre actores internacionales que escogerían el escenario libanés para dirimir sus diferencias (Young, 2014); además, en los últimos años se tiende a ver los conflictos en Oriente Próximo como una mera confrontación entre suníes y chiíes (Nasr, 2006). Ambas visiones corren el riesgo de subestimar el papel de los actores libaneses; así, para poder realizar una valoración del potencial de desbordamiento existente, es conveniente analizar la interacción existente entre las influencias derivadas de la guerra civil siria con las propias vicisitudes de la política libanesa.

Causas del desbordamiento de una guerra civil

La literatura sobre guerras civiles atribuye su estallido fundamentalmente a dos tipos de factores: por un lado, estarían aquellos de carácter motivacional (la existencia de agravios, la lucha por el control de ciertos recursos, la rivalidad étnica, etc.) que impulsan a las partes a recurrir a la fuerza (Gurr, 2000); y, por la otra, la estructura de oportunidad existente, es decir, las circunstancias que podrían favorecer el recurso a las armas, tales como el empobrecimiento de la población, la proximidad de una frontera o la existencia de un terreno montañoso (Fearon y Laitin, 2003). Pero una característica de numerosos conflictos civiles en las últimas décadas ha sido la tendencia al *desbordamiento*, entendiéndose por tal el traslado de esos enfrentamientos armados a países vecinos. No obstante, ese efecto no es un resultado mecánico, lo cual ha conducido a la literatura académica a realizar un esfuerzo para identificar aquellos factores que lo favorecen (Lake y Rothchild, 1998). Väyrynen (1984: 344) definió el concepto de «formaciones regionales de conflicto» como «una mezcla compleja

de conflictos intranacionales, intrarregionales y extrarregionales de carácter violento». Este tipo de formaciones se daría en regiones dotadas de ciertos rasgos que facilitarían el surgimiento de conflictos. Así, el carácter de las fronteras tendría un papel primordial, pero también contribuirían otros aspectos como la diversidad social en esos países o su propia historia (ibídem: 345).

El impacto económico de una guerra civil puede alcanzar de lleno a los países vecinos, al afectar negativamente a las inversiones. Además, las hostilidades provocan una disminución del comercio en la zona, que será mayor cuanto más estrechos sean los intercambios, lo cual puede dañar de forma especial las áreas fronterizas. Su consecuencia es un empobrecimiento y un fuerte descontento de la población, situación que alimenta las tendencias más radicales y facilita el reclutamiento de combatientes (Murdoch y Sandler, 2002). Por otro lado, tampoco cabe subestimar la tentación por parte de los bandos en un conflicto civil de emplear el territorio vecino con vistas a mejorar su posición militar. Así, las guerrillas opositoras a menudo cruzan la frontera internacional al tratar de eludir a las tropas gubernamentales en momentos de inferioridad militar; del mismo modo, en ocasiones, estas últimas pueden decidir violar la integridad territorial de un Estado vecino para perseguir a sus enemigos. De hecho, algunos estudios demuestran la contribución e influencia de las fronteras en la prolongación de una guerra civil (Buhaug, 2009: 561; Salehian, 2008).

En ocasiones, la penetración de intereses foráneos en un país puede ser enormemente poderosa, al crearse vínculos y alianzas entre partidos políticos, grupos empresariales, sectores de las fuerzas armadas y grupos religiosos o étnicos, de tal modo que se configuren unas relaciones patrón-cliente que permitan a una potencia extranjera ejercer una enorme influencia en un Estado. En circunstancias de fuerte división interna, distintos actores nacionales pueden recurrir precisamente a pedir apoyo a sus patrones exteriores para reforzar su posición. En el caso de un conflicto armado, esa ayuda puede suponer desde el simple respaldo moral, pasando por el suministro de dinero y armamento, hasta llegar en ocasiones a desembocar en una intervención militar abierta (Salehian, 2008: 57-58). De hecho, algún autor considera que es casi siempre la implicación de un segundo Estado la que determina el desbordamiento de una guerra civil (Black, 2012: 334-6).

Otro factor que no puede ser olvidado es el de la llegada a un país vecino de un importante número de refugiados que huyen de una guerra civil. Los campos donde son alojados se convierten a menudo en centros de reclutamiento o de apoyo para un bando determinado. A su vez, el Gobierno de origen suele estar interesado en el alejamiento de esos campos de la frontera, y no duda en atacarlos si lo considera necesario. Estas circunstancias colocan al país de acogida en una situación delicada, ya que puede verse envuelto en un conflicto

militar, bien frente a los insurgentes, bien frente al Gobierno vecino. Especialmente grave es el caso de los denominados por Weiner (1996: 26-29) «malos vecindarios», en referencia a aquellas regiones del mundo en donde proliferan los flujos transfronterizos de refugiados a causa de conflictos; en ellos habría lazos étnicos o culturales transfronterizos y los flujos de armas se moverían con facilidad por la región (Salehian y Skrede Gleditsch, 2006: 341-344).

Por último, Leenders (2007: 969) ha señalado para el caso específico de Oriente Próximo la importancia del factor que denomina «capital simbólico», definido como «la capacidad de los actores políticos para labrarse por sí mismos un espacio social y político-cognitivo que sea reconocido y respetado por una masa crítica». Esto permitiría a esos actores ejercer una gran influencia en la percepción que los habitantes de la zona tendrán de los acontecimientos políticos. Para este autor, la creación y la manipulación de dicho capital simbólico serían decisivas a la hora de entender las políticas de los distintos actores en Oriente Próximo desde una perspectiva transnacional, lo que aconsejaría matizar la tendencia de los análisis, basados en los complejos de conflicto regional a sobreestimar la importancia de factores como la etnicidad o la confesión religiosa.

La compleja relación sirio-libanesa

El Líbano y Siria son dos países cuyos vínculos históricos poseen una enorme relevancia, dada su proximidad geográfica, su anterior pertenencia al Imperio Otomano y la existencia de fuertes lazos socioeconómicos entre sus poblaciones. Desde el punto de vista religioso, las mismas confesiones se hallan presentes en ambos países, si bien en proporciones bastante diferentes, ya que mientras en Siria hay una sólida mayoría suní, en el Líbano el mapa confesional está mucho más fragmentado. Finalmente, otro punto en común ha sido que ambos estados han tenido una compleja e inestable vida política tras su independencia; en palabras de Patrick Seale, «los dos países fueron como vasos comunicantes: la temperatura política de uno no podía dejar de afectar a la del otro» (Seale, 1995: 269).

El Pacto Nacional de 1943 estableció en el Líbano un sistema político de tipo «consociacional corporativo», en el que las diferentes magistraturas y altos cargos de la Administración eran adjudicados en función de criterios confesionales mediante un mecanismo de cuotas que beneficiaba sobre todo a los maronitas. Ello fortaleció los lazos patrimonialistas entre la élite política y el resto de la población, hecho que propició la creación de un Estado mínimo, de tal suerte que el acceso a

los servicios sociales quedó reservado a la clientela política de cada líder, caracterizada por su pertenencia confesional. Esto explica la debilidad crónica del Estado libanés, la cual constituye la base del poder de las élites, que carecen de interés en corregirla (Salamey, 2009: 85-86; Chaitani, 2007: 14-26).

Por otro lado, respecto a la política exterior, el país se vio crecientemente fracturado entre quienes deseaban conservar un Líbano prooccidental y aquellos que preferían acercarse al mundo árabe, al tiempo que se filtraban las tensiones regionales y de la Guerra Fría. Por su parte, muchos musulmanes consideraban que la hegemonía política maronita no se correspondía con las realidades demográficas existentes. Por último, la presencia de un gran número de refugiados palestinos, que apoyaba a la oposición, no solo reforzó a esta de manera notable, sino que puso en cuestión el equilibrio demográfico. Todo ello desembocó en una guerra civil abierta (1975-1990), que solo pudo concluir tras los Acuerdos de Taif, cuando el Líbano pasó a convertirse en un protectorado de Siria, país que mantuvo una abundante presencia militar y civil y sometió al sistema político libanés a una continua manipulación (Winslow, 1996: 144-189); en este sentido, preservó sus rasgos característicos, dejando pervivir el confesionalismo, ya que Hafez al-Assad prefería evitar que cualquier facción demasiado fuerte pudiera resultar incómoda para su control (Norton, 1991; Leverett, 2005: 42-43). Finalmente, mientras las distintas milicias se vieron privadas de armamento pesado y mantuvieron unos recursos reducidos, Damasco permitió que la organización chií Hezbolá quedara al margen de ese desarme y se convirtiera en una fuerza militar de primer orden que contribuiría a mantener un cierto nivel de tensión frente a las tropas israelíes en el sur del país¹.

Sin embargo, esta aplastante tutela siria suscitó un evidente resentimiento entre buena parte de la élite libanesa, que aprovechó a comienzos del nuevo siglo tanto las disputas internas en el régimen de Damasco tras la llegada al poder de Bashar al-Assad, como el cambio de escenario regional, con Washington y Riad menos tolerantes hacia un país cuya política no cuadraba con sus intereses. La oleada de indignación tras el asesinato del ex primer ministro Rafik Hariri fue el detonante que condujo a numerosos partidos libaneses a movilizar a las masas, forzando así la salida de las tropas sirias en la primavera de 2005 (Leverett, 2005: 111-114 y 144-146). Tras ello, muchos analistas pensaron que la hasta entonces oposición, agrupada en torno a la Coalición 14 de Marzo, se

1. Los Acuerdos de Taif preveían la disolución de todas las milicias, al igual que la resolución 1559 del Consejo de Seguridad de la ONU (2004).

consolidaría en el poder, frente al debilitamiento de los aliados de Damasco. Sin embargo, los acontecimientos se desarrollaron en un sentido muy diferente. El 14 de Marzo demostró ser una coalición puramente táctica, en la que sus integrantes se habían unido más por el hecho de ver reducido el poder sirio que por el de poseer un proyecto común. Así, las disputas entre los líderes cristianos dejaron fuera al ex primer ministro Michel Aoun, empujado a aliarse con Hezbolá en la Coalición 8 de Marzo. Por su parte, la creciente fuerza suní en manos de la familia Hariri y su Movimiento de Futuro generó también suspicacias entre sus propios compañeros de coalición, como el druso Walid Jumblatt del Partido Socialista Progresista (Chemaly, 2009: 54-69).

La invasión israelí de julio de 2006 consolidó la imagen de Hezbolá como defensor de la nación, además de poner en evidencia que esta organización difícilmente podría ser desarmada mediante la fuerza. Esta percepción se vio acentuada en mayo de 2008, cuando el Gobierno libanés dominado por la Coalición 14 de Marzo ordenó algunas medidas que implicaban una amenaza para la autonomía de Hezbolá frente al Estado. La respuesta de esta organización fue la ocupación de Beirut Oeste, mostrando que las milicias del 14 de Marzo eran mucho más débiles que las chiíes, al tiempo que el Ejército optaba por mantenerse neutral. La solución a esta crisis vino de la mano de la mediación exterior, con Damasco y Riad ejerciendo su influencia sobre sus aliados libaneses para que aceptaran los denominados Acuerdos de Doha (Zisser, 2009: 164-172). Estos acontecimientos subrayaron varios factores: que la influencia siria seguía siendo notable, al igual que la de otras potencias regionales; que la capacidad de acción occidental era limitada; y que la Coalición 14 de Marzo carecía de cohesión interna debido a la desconfianza entre sus integrantes. Ante estas circunstancias, parecía que la estrella de Assad brillaba de nuevo con fuerza, pero el estallido de la llamada Primavera Árabe iba a mostrar la fragilidad del régimen baasista (Gambill, 2010: 38-40).

El impacto de la guerra civil siria

La evolución del conflicto militar en Siria ha registrado distintos vaivenes desde sus inicios en marzo de 2011: cuando una de las partes ha parecido más debilitada, sus aliados han tendido a redoblar su ayuda, lo que ha conducido a un nuevo equilibrio. A finales de 2012, las fuerzas de Assad se encontraban claramente en retroceso; sin embargo, a partir de principios de 2013, se reforzó el control del régimen sobre la columna vertebral del país, que ocupa el espacio que va desde Damasco hasta Alepo, pasando por Hama y Homs, de donde parte una franja costera hasta los puertos de Tartus y Latakia. Mientras

la oposición no sea capaz de dominar esta columna vertebral, el régimen de Assad puede sobrevivir, con la ayuda de combatientes de Hezbolá y algunos iraquíes, además del apoyo material de Irán y la Federación Rusa. Por su parte, las fuerzas insurrectas dominan sobre todo el norte y el este del país, incluyendo buena parte de las fronteras, a través de las cuales reciben importante ayuda exterior que consiste, fundamentalmente, en combatientes yihadistas de muy diversas nacionalidades y armamento aportado sobre todo desde el Golfo Pérsico (Ryan, 2012; Dekel y Perlov, 2014). No obstante, estas zonas han quedado bajo la autoridad de diferentes milicias, las cuales a menudo también combaten entre sí.

Dadas las estrechas relaciones con su país vecino y sus propias características, el Líbano ha aparecido como el principal candidato a verse afectado por la guerra civil siria, ya que las distintas fuerzas políticas llevan varios años divididas en función de sus vínculos con Damasco. De hecho, existe un gran temor a una lucha confesional que enfrente a suníes y chiíes, representados mayoritariamente por los partidos Movimiento de Futuro y Hezbolá, respectivamente. El primero, dirigido por la familia Hariri, subraya su ideología liberal y cosmopolita, así como su deseo de fortalecer los lazos con Occidente y con Arabia Saudí, además de promover un perfil bajo en el conflicto árabe-israelí. Sin embargo, también se presenta como el defensor y benefactor de los ciudadanos suníes, ya que la gran mayoría de sus votos proceden de dicha comunidad (International Crisis Group, 2010). Respecto a Hezbolá, se trata de una fuerza política que ha destacado en todo momento por su perfil nacionalista y de resistencia frente a Israel y sus aliados, lo que le ha otorgado una cierta influencia entre otras confesiones (incluso entre los suníes de Oriente Próximo). Pero, al mismo tiempo, sus bases electorales están especialmente representadas entre los chiíes libaneses, cuyo respaldo se ha garantizado a través de una imagen de protector de esa comunidad y de prestador de servicios públicos (Biondi, 2013: 5).

La crisis siria de marzo de 2011 supuso una gran noticia para la Coalición 14 de Marzo, que hacía poco que había perdido el Gobierno. El estallido popular en Siria auguraba que el régimen baasista estaría demasiado ocupado en su lucha interna como para continuar inmiscuyéndose en los asuntos libaneses. Además, las fuerzas del 14 de Marzo podían presentarse ante su población como simpatizantes de un movimiento genuinamente popular, democrático y no sectario, en tanto que sus rivales del 8 de Marzo aparecían como los aliados de un régimen autoritario y brutal (Vloeberghs, 2012: 246; International Crisis Group, 2012: 20-21). Así, resultaba muy difícil para Michel Aoun justificar ante su electorado (generalmente maronita y poco cercano a Damasco) su permanencia en una alianza favorable a Assad. También para Hezbolá era difícil mantener su imagen nacionalista si se le vinculaba

con un dirigente que empleaba la fuerza para aplastar a su pueblo. En definitiva, lo que acontecía en Siria podía ser decisivo para ambas coaliciones. Además, la tendencia de las fuerzas beligerantes sirias a emplear el territorio libanés para sus operaciones colocó pronto a las autoridades de Beirut en una encrucijada. Si el nuevo Gobierno del primer ministro Najib Mikati (respaldado por el 8 de Marzo) optaba por la colaboración abierta con Assad, la contestación social entre numerosos sectores de la población (especialmente entre los suníes) sería muy marcada. Tampoco Mikati deseaba atizar las rivalidades sectarias, dado que él mismo es un político suní que competía contra la familia Hariri.

Por su parte, el apoyo de la Coalición 14 de Marzo a los rebeldes sirios también debía ser siempre sutil, basándolo en motivos humanitarios, según los cuales era preciso ayudar a quienes eran perseguidos por la dictadura de Assad, pero eliminando cualquier imagen partidista o sectaria². De hecho, la población libanesa aun posee un vivo recuerdo de su propia guerra civil, y se halla muy extendida la idea de que la intervención exterior tiene un efecto desestabilizador que agrava los conflictos entre confesiones, por lo que resulta muy peligroso para cualquier grupo dar la imagen de servir a intereses extranjeros³. Dicha cautela se debía también a la clara supremacía militar de Hezbolá sobre el 14 de Marzo, de modo que esta coalición no podía arriesgarse a un enfrentamiento abierto en el que no tendría posibilidades de victoria, y que le podía conducir a perder tanto el apoyo de miembros de la minoría cristiana como el de algunas potencias. Tampoco Hezbolá estaba interesado en una lucha, ya que minaría su influencia regional entre sectores no chiíes, al tiempo que dejaría de ser útil como instrumento de disuasión de Teherán frente a Israel. Por otra parte, no deseaba perder una conquista tan relevante como la de un Gobierno de Beirut situado bajo su influencia (Salem, 2012: 14). Estas consideraciones condujeron al primer ministro Najib Mikati (apoyado por el presidente Suleiman) a proponer una «política de disociación», consistente en que el país se mantuviera al margen de la guerra siria, lo que quedó plasmado por los distintos partidos en la denominada Declaración de Baabda (National Dialogue Committee, 2012). Sin embargo, esta *no implicación* no dejaba de ser un concepto cargado de am-

-
2. Ello explica por qué algunos miembros del Movimiento de Futuro habrían aportado armas a los insurgentes sirios a través de Turquía y no del Líbano, tratando así de evitar ser acusados de inmiscuirse en la guerra vecina (International Crisis Group, 2012: 21).
 3. En una encuesta de 2013, el 67% de los libaneses temía que el conflicto sirio provocara una guerra civil en su país, un sentimiento compartido entre todas las confesiones (Christophersen *et al.*, 2013).

bigüedad, ya que quedaba por ver la actitud de las partes a la hora de llevarla a cabo. En la práctica, el Gobierno de Mikati justificó así su posterior negativa a apoyar la condena de la Liga Árabe contra el régimen baasista en noviembre de 2011, y no aplicó tampoco las sanciones comerciales decididas en ese marco (Salem, 2012: 6-7).

En todo caso, los efectos de la guerra en Siria han sido muy dañinos para la economía libanesa, con una drástica caída del comercio y de la actividad turística, lo que ha desembocado en una fuerte recesión y un elevado desempleo. Estas repercusiones han resultado especialmente graves en las zonas fronterizas con Siria, las cuales ya de por sí se encuentran entre las más depauperadas del país, lo que ha provocado el consiguiente descontento social (Development Management International, 2012: 9-11). Otro tema delicado relativo a la frontera entre ambos países es que esta siempre se ha caracterizado por su difícil control por parte de las autoridades, dado el escarpado relieve de la cordillera del Antilíbano y la abundancia de caminos, lo que explica también su larga tradición de contrabando. Además, en algunas áreas hay una fuerte presencia de Hezbolá y de los poderosos clanes locales. Pero si algo ha complicado claramente la situación ha sido la ocupación por parte de los insurgentes sirios de espacios limítrofes con el Líbano, al pretender abrir una ruta de abastecimiento transfronteriza (International Crisis Group, 2012: 2-3).

Las zonas fronterizas del Líbano en las que la situación parece más proclive a un desbordamiento de la guerra civil siria son las provincias del Norte y la Bekaa⁴. En la primera de ellas, el predominio demográfico corresponde a la población suní, aunque también existen núcleos cristianos, mientras que chiíes y alauíes están en clara minoría. Desde el punto de vista político, el voto suní se ha dirigido mayoritariamente al Movimiento de Futuro de la familia Hariri, la cual ha establecido alianzas con grupos fundamentalistas y salafistas que poseen una notable presencia allí, como Jamaa Islamiya. De hecho, esta intermediación es fundamental para captar un electorado suní empobrecido y poco proclive a respaldar las políticas de la familia Hariri (basadas en escasos impuestos e impulso al sector privado), que encajan mejor con la burguesía de Beirut. Ello provoca que el control del Movimiento de Futuro sobre esta zona se apoye más en sus alianzas locales que en una influencia directa, al precio de dañar seriamente su propio discurso político nacional –que propone un Líbano cosmopolita y no sectario– y de alarmar a quienes pertenecen a otras confesiones. Sin embargo, es también destacable el papel desempeñado en esta provincia por

4. El territorio libanés se compone de provincias (*muhafazat*), divididas a su vez en distritos (*qadaa*).

algunos líderes suníes bien relacionados con Siria, como es el caso del propio Najib Mikati; las minorías cristiana, chií y alauí, por su parte, ven en general en el régimen de Assad un aliado frente a las presiones de un entorno donde el islamismo suní posee una fuerte presencia (International Crisis Group, 2010: 21-28; Berti, 2012: 2).

En concreto, las tensiones en la provincia del Norte se han focalizado principalmente en dos escenarios: los distritos de Trípoli y Akkar. En Trípoli, la influencia del islamismo suní y del salafismo es enorme, lo que se explica por distintos factores: una población empobrecida que no se ha beneficiado de las políticas de Beirut; la presencia de un gran número de refugiados palestinos; el descontento hacia la acción de Damasco en esa zona durante su ocupación; así como la llegada de una nueva oleada de refugiados que huyen de la guerra en Siria. Ello ha conducido a la formación de milicias suníes que poseen una notable capacidad militar, algunas de las cuales han efectuado ataques periódicos sobre el barrio alauí de Jebel Mohsen, agravados desde el comienzo de la guerra civil en Siria, y respondidos por las milicias alauíes del Partido Árabe Democrático. El Ejército libanés ha tratado de frenar los enfrentamientos mediante su despliegue en la zona, pero ha sufrido numerosos atentados por parte de los yihadistas y le está resultando muy difícil hacerse con el control de la situación⁵. Además, algunos clérigos salafistas han hecho numerosos llamamientos a la yihad contra Assad y sus aliados en el Líbano⁶.

En el distrito de Akkar se halla la frontera septentrional con Siria, una zona de gran valor estratégico, ya que su extremo noreste conduce a Homs y a la autopista M1, que une esta ciudad con el puerto de Tartus, el cordón umbilical que conecta el régimen sirio con el resto del mundo. La importancia de la zona creció enormemente desde el momento en que los insurgentes lograron una fuerte presencia en torno a Homs, al tiempo que trataban de aprovechar sus conexiones sociales en Akkar (una zona de tradicional reclutamiento de yihadistas en conflictos como Irak o Chechenia) y la ayuda de algunos refugiados sirios allí establecidos para llevar a cabo sus actividades logísticas. Las Fuerzas Armadas Libanesas (FAL) intentaron poner fin a esta situación mediante una vigilancia más estricta de la frontera, pero esta política se paralizó a raíz del asesinato en un control del jeque integrista Ahmed Abdul Wahid (mayo de 2012), hecho que desató numerosos incidentes apoyados por la Coalición 14 de Marzo. El

5. De especial relevancia han sido los coches bomba contra mezquitas suníes o los atentados contra el Ejército (Young, 2013; Berti, 2012: 2-3).

6. Ese es el caso de los jeques Zakaria Abdel Razzaq al-Masri, Hussam al-Sabbagh y Salem al-Rafei (Corbeil, 2014).

Ejército pasó entonces a adoptar un perfil más bajo, lo que fue aprovechado por los insurgentes sirios para reforzar su posición. Cuando más tarde se trató de recuperar el control, los yihadistas desencadenaron distintos episodios de violencia, como el secuestro de ciudadanos alauíes y atentados contra los soldados (Heras, 2012; Rifi, 2012).

La provincia de la Bekaa, por su parte, posee una larguísima frontera con Siria situada en la cordillera del Antilíbano. En la parte septentrional (el distrito de Hermel), el valle del río Orontes crea un espacio abierto que comunica el Líbano con Homs. La gran mayoría de la población pertenece a las confesiones chií y cristiana, con escasa presencia suní. La fuerza política dominante es Hezbolá, que además ostenta un evidente control territorial. Al otro lado de la frontera, las montañas Qalamoun constituyen una plataforma situada junto a la autopista M5 que une Homs con Damasco; esta última ha sido a menudo atacada desde allí por los insurgentes. Sus actividades han encontrado apoyo en el lado libanés, en la ciudad de Aarsal, uno de los escasos focos de mayoría suní de la zona, en la que el Movimiento de Futuro y sus aliados salafistas poseen un sólido apoyo, que además acoge a gran número de refugiados sirios (unos 120.000). En este contexto

En Trípoli, la influencia del islamismo suní y del salafismo es enorme, lo que se explica por distintos factores: una población empobrecida; la presencia de un gran número de refugiados; y el descontento hacia la acción de Damasco.

favorable, los insurgentes lograron a comienzos de 2012 abrir una vía de aprovisionamiento de gran utilidad aprovechando las sendas que atraviesan la frontera, pero al mismo tiempo los incidentes con el Ejército libanés y con Hezbolá se multiplicaron y se produjeron una serie de atentados contra ambos. De hecho, se desataron las acusaciones por parte de la Coalición 8 de Marzo contra las autoridades de Aarsal por estar ayudando a los insurgentes (Salem, 2012: 7).

Este panorama muestra cómo la mayoría de la comunidad suní, opuesta al Gobierno de Mikati y al régimen de Assad, se halla crecientemente fraccionada. Los sectores locales del Movimiento de Futuro han adoptado una posición más activa en favor de los insurgentes sirios para no perder el apoyo de los grupos salafistas con los que mantienen pactos. A pesar de ello, su liderazgo y control clientelista se han visto debilitados ante su salida del Gobierno (perdiendo recursos públicos) y ante el empobrecimiento de la población derivado de la crisis siria, lo que nutre las filas de los yihadistas. Los grupos salafistas, a su vez, tratan de aprovechar las circunstancias para ganar autonomía respecto a la familia Hariri, a lo que hay que unir el descontento en los campos de refugiados palestinos y su progresiva radicalización. Finalmente, es preciso tener en cuenta la tendencia de los propios combatientes sirios (incluyendo grupos islamistas como el Frente Al-Nusra, las Brigadas Abdallah Azzam o el Estado Islámico) a implicarse en la política libanesa,

buscando explotar su superioridad en aquellos lugares en los que son más fuertes, donde Hezbolá y sus aliados están en minoría (Vloeberghs, 2012: 245-246; Barnes-Dacey, 2012: 3-4).

Otro factor desestabilizador de primer orden en esta zona ha sido la llegada de un enorme flujo de refugiados sirios, muchos de los cuales simplemente han optado por escapar de la lucha en su país o de la represión gubernamental. Pero algunos son combatientes que desean cruzar temporalmente la frontera en misiones de carácter logístico, o simplemente para recuperarse de sus heridas y descansar antes de retornar a su país; a veces tratan de emplear el territorio libanés para atacar desde allí a las fuerzas de Assad. De este modo, los diferentes pueblos y aldeas han servido para alojar en torno a un millón de personas, creándose lógicamente enormes desafíos para un país con una administración pública muy débil (Development Management International, 2012: 11-28; International Crisis Group, 2013: 3-18). El descontento entre estos refugiados es manifiesto y en su mayoría se canaliza no solamente contra el Gobierno de Damasco, sino también contra Hezbolá y la comunidad chií en general. Esto les convierte en una fuente de reclutamiento tanto para el conflicto sirio como para las disputas internas en el Líbano. En este sentido, muchos grupos yihadistas tienden a ver la lucha en Siria como un capítulo más de una guerra regional entre sunismo y chiismo, empujándoles a intervenir en los asuntos internos libaneses y a emplear su presencia para cambiar la relación de fuerzas allí existente. Así mismo, este gran flujo de refugiados, cuyas posibilidades de retornar a su país en un futuro próximo son como mínimo inciertas, es percibido por muchos libaneses (sobre todo cristianos y chiíes) como una amenaza para el equilibrio demográfico entre confesiones en el que se asienta el propio sistema político (Christophersen *et al.*, 2013). Evidentemente, este factor es susceptible de crear en el futuro, si no se soluciona la guerra en Siria, un colectivo que podría optar por intervenir en la política interna y, por lo tanto, se podría llegar a una situación análoga a la vivida en 1975 con los refugiados palestinos (Doar y Krauss, 2013).

Estrechamente vinculado a lo anterior, existe otro elemento a tener en cuenta: las constantes violaciones de la frontera libanesa por parte de combatientes sirios (tanto de las milicias opositoras como de las fuerzas gubernamentales). Desde el inicio de la guerra civil siria, han sido muy numerosos los incidentes en los que grupos opositores han cruzado la frontera para retornar más tarde a su país o incluso para disparar desde territorio libanés contra las fuerzas del régimen. El hecho de que la frontera haya estado tan escasamente controlada por las autoridades de Beirut ha tenido dos consecuencias: por un lado, el Ejército sirio también la ha vulnerado al disparar contra objetivos en territorio libanés donde supuestamente hay insurgentes, e incluso ha penetrado en el territorio vecino sin encontrar respuesta militar a cargo de las FAL, lo que ha desatado las críticas del 14 de Marzo. Por otra parte, Hezbolá ha establecido numerosos controles de carreteras y desplegado sus

fuerzas para impedir cualquier llegada de insurgentes armados (International Crisis Group, 2012: 4-6). En todo caso, esta situación presenta una gran volatilidad y ha provocado enormes tensiones sociales.

¿Disociación o desbordamiento?

La evolución de los acontecimientos bélicos en Siria hasta finales de 2012 sugería que los días del régimen baasista estaban contados. Sin embargo, desde inicios de 2013 las circunstancias parecen haber cambiado y se ha vuelto a una situación en la que Assad ha reforzado su control sobre la columna vertebral de su territorio mediante una serie de ofensivas. Y ello ha tenido un gran impacto en la política libanesa, ya que la mayoría de estas ofensivas se han centrado en las cercanías de la frontera que divide ambos países. En primer lugar, la posición crítica del régimen de Damasco condujo a Hezbolá a adoptar un papel mucho más activo en su apoyo, mediante el envío de un buen número de combatientes que han realizado una notable contribución a inclinar la balanza militar del lado de Assad. Esto resultó patente en la ofensiva gubernamental de mayo de 2013 contra la ciudad de al-Qusair, una posición clave para rebajar la presión insurgente sobre Homs y las carreteras que parten de ella (Leigh, 2013). Tras varios meses en los que los combates se centraron en Aleppo, en octubre de ese año Assad volvió a concentrar sus esfuerzos en la proximidad de la frontera libanesa, en este caso en las montañas Qalamoun, con la sucesiva captura de distintas poblaciones como An-Nabk o Deir Attiya. Nuevamente el papel de Hezbolá fue destacado, como pone en evidencia el constante goteo de funerales de miembros de la organización (Karouny, 2013; Nassief, 2013). El impacto de estos acontecimientos en la vida libanesa provocó un incremento de la tensión con los partidos del 14 de Marzo, que afirmaron que la Declaración de Baabda había sido vulnerada por Hezbolá, al cual exigieron su retirada inmediata del escenario sirio. Por su parte, esta organización reconoció abiertamente su participación en la guerra civil del país vecino a comienzos de 2013, justificándola por la amenaza que los yihadistas suponían tanto para los chiíes libaneses residentes al otro lado de la frontera como para todas las minorías religiosas de Siria y el Líbano (Chulov, 2014). Esto coincidió en el tiempo con la dimisión en marzo de Najib Mikati debido a sus desacuerdos con Hezbolá y a la presión de la oposición. El presidente Suleiman encargó (abril de 2013) la tarea de formar gobierno a Tamam Salam, un político del 14 de Marzo, aunque no demasiado identificado con la familia Hariri. Salam comenzó entonces a buscar un acuerdo de compromiso que le permitiera contar con el apoyo de una amplia mayoría que hiciera posible la negociación de un nuevo marco político para el país (Mourtada, 2013).

En principio, era preciso consensuar un nuevo sistema electoral de cara a los comicios generales, así como el reparto de los escaños parlamentarios entre las confesiones. Era igualmente necesario un acuerdo sobre la figura del nuevo presidente de la República, cuyo mandato ya había expirado. Otro aspecto problemático era el de las negociaciones para establecer una doctrina de defensa nacional, de gran importancia ya que definiría cuál debía ser el papel tanto de las FAL y cuerpos de seguridad, como de las milicias. La Coalición 14 de Marzo reclamaba un desarme inmediato de Hezbolá y que se dejara exclusivamente en manos de las FAL el control de las fronteras y la defensa de la soberanía nacional, cuestionando además la propia cultura de resistencia desarrollada por Hezbolá. Por el contrario, el 8 de Marzo pretendía que esa cultura siguiera viva, considerando que, en ausencia de un Ejército libanés fuerte que pudiera llevar a cabo una función de disuasión, era Hezbolá quien debía conservar ese papel. En cualquier caso, esta negociación no

El papel de Hezbolá en el conflicto sirio no solo ha consistido en apoyar a un aliado en apuros, sino que habría ejercido su influencia sobre este para que en sus operaciones tuviera en cuenta los propios intereses políticos del grupo chií.

ha registrado avances significativos y se ha visto además obstaculizada por el propio conflicto sirio (Dakroub y Lakkis, 2014). En la práctica, lo que se ha podido apreciar en los últimos años es más bien una tendencia al rearme por parte de los distintos partidos, que cuentan con milicias pro-

pias, mientras que los servicios de seguridad estatales son vistos como parciales por los diferentes actores⁷. Las FAL, por otro lado, son la institución considerada más neutral, ya que no están bajo el control claro de ninguna confesión o partido. Sus mandos han tratado de evitar que se vuelva a repetir la fragmentación que sufrieron durante la guerra civil, que desembocó en el hundimiento del Estado y en la privatización de la seguridad (Nerguizian, 2009: 9-20). De ahí que tanto el presidente Suleiman como el Estado Mayor se hayan esforzado en mantener a las tropas al margen de los enfrentamientos partidistas. De hecho, su papel ha consistido más bien en crear zonas de separación entre los contendientes mediante la negociación. En una sociedad tan fracturada, esta neutralidad militar es interpretada como el deseo de reforzar el principio de unidad nacional.

El problema es que las tensiones en Siria están afectando también negativamente a la imagen del Ejército, puesto que la infiltración de insurgentes sirios y

7. El 8 de Marzo considera que las Fuerzas de Seguridad Interior están dominadas por el Movimiento de Futuro de la familia Hariri, mientras que el 14 de Marzo cree que la Seguridad General está bajo el control de Hezbolá (Saem, 2012: 4-5).

sus colaboradores libaneses a través de la frontera no puede ser obviada por las autoridades de Beirut. Por otra parte, si el Ejército no realizara esa labor, sería Hezbolá quien la asumiría. Pero al desarrollar operaciones contra esos insurgentes, las FAL son vistas por muchos miembros de la comunidad suní como colaboradoras de Assad. De hecho, algunos dirigentes de la Coalición 14 de Marzo han criticado la actuación militar. Se ha registrado asimismo una serie de atentados contra las tropas libanesas en las provincias del Norte y de la Bekaa, dando la impresión de que los insurgentes sirios pretenden extender la desestabilización con la esperanza de que algunas zonas del país se conviertan en espacios de anarquía en los que sean más fáciles las actividades vinculadas a su guerra civil (Chulov, 2014). El complemento de esta política ha sido colocar a Hezbolá y a sus aliados en el punto de mira de los ataques en suelo libanés, con una sucesión de atentados en zonas bajo su control (Al-Fakih y Khraiche, 2014). La respuesta de Hezbolá ha consistido en tratar de eliminar Aarsal como foco de peligro para su propia seguridad. Para ello, habría presionado a las autoridades de Damasco a fin de que lanzaran una ofensiva sobre las montañas Qalamoun, con vistas a cortar la vía de comunicación transfronteriza. Estos hechos indicarían que el papel de Hezbolá en el conflicto sirio no solo ha consistido en apoyar a un aliado en apuros, sino que habría ejercido su influencia sobre este para que en sus operaciones tuviera en cuenta los propios intereses políticos del grupo chií. Por otro lado, esto también ilustra la percepción existente en Hezbolá de que la guerra en el país vecino constituye una amenaza existencial, lo que explicaría una participación tan activa y su firme compromiso con la misma, a pesar de los enormes costes en vidas y para su propia imagen política (Nassief, 2013; Biondi, 2013).

En este contexto, la tensión no ha hecho más que aumentar, y se han producido cada vez más episodios violentos en diferentes lugares del país, los cuales solo han podido ser contenidos gracias a la mediación de los líderes de las distintas formaciones políticas e incluso de las autoridades religiosas. El problema es que, en tales circunstancias, se corre el riesgo de que uno de esos incidentes degeneren en una extensión de los combates que no pueda ser frenada a tiempo. Por otro lado, la capacidad de los líderes para contener a sus partidarios no está en absoluto garantizada, como han puesto de manifiesto algunas de las crisis que se han producido, caracterizadas por un marcado tono de rivalidad local y entre clanes. Además, a medida que se suceden los ataques contra las respectivas comunidades, la autoridad de los líderes se ve minada por su incapacidad de garantizar la seguridad⁸.

8. Un caso evidente fue el secuestro de un miembro del clan libanés Meqdad en Siria por parte del Ejército Libre Sirio y la subsiguiente represalia de dicho clan, secuestrando a numerosos ciudadanos sirios en suelo libanés al margen de la autoridad de Hezbolá (Dehghanpisheh, 2012).

Respecto al papel de la comunidad internacional en la crisis siria, la situación ha experimentado una notable evolución en los últimos meses, derivada de dos factores fundamentales. Por un lado, el régimen baasista ha mantenido una gran resistencia al desafío opositor sin sucumbir a las presiones para abandonar el poder; por el otro, la oposición se ha mostrado dividida y débil, e incapaz de explotar el escenario favorable de 2012. El resultado ha sido una creciente influencia de los fundamentalistas, lo que no ha hecho más que atizar los temores de las minorías, e incluso los de algunas de las potencias que hasta ahora habían apoyado a la insurgencia (Rabinovich, 2013). En este escenario, Washington parece estar tanteando la posibilidad de un acercamiento a Irán como vía para estabilizar la región, especialmente tras la amenaza planteada por el reciente auge del Estado Islámico en Irak y Siria. El primer paso habría sido un principio de acuerdo nuclear, un importante signo de deshielo que ha preocupado seriamente a las autoridades israelíes y saudíes, que temen una pérdida de su propia influencia. Ambos países son rivales de Assad y de Irán, pero la creciente presencia yihadista no deja de ser para ellos un motivo de preocupación. En cualquier caso, la voluntad de Occidente, que anteriormente se había basado en el aislamiento de Irán, ahora parece haber cambiado de rumbo, al considerar que ese país no es solamente una parte del problema, sino también una parte de la solución, puesto que puede influir sobre el comportamiento de sus aliados regionales y contribuir a la lucha contra el Estado Islámico. Por su parte, Teherán desea ir superando las sanciones contra su país, al tiempo que teme que un empeoramiento del enfrentamiento sectario entre suníes y chífes le sitúe en desventaja a escala regional (Ouahes y Smith, 2013).

En lo que respecta al Líbano, la comunidad internacional comparte el deseo de aislarlo de la crisis regional y considera que lo prioritario sería ahora garantizar la paz y la estabilidad mediante algún tipo de compromiso apoyado por la gran mayoría de fuerzas políticas. No obstante, un retorno sin más a la Declaración de Baabda resulta inviable, ya que perjudicaría seriamente a Assad, al perder la valiosa aportación militar de Hezbolá, en tanto que los insurgentes sirios podrían continuar rearmándose a través de otras fronteras. Por ello, cualquier acuerdo debería implicar también no solo un apoyo generalizado de todos los partidos libaneses a las FAL en su lucha contra los grupos armados yihadistas, sino también una reducción del apoyo saudí a la insurgencia siria⁹. A cambio, Riad debería recibir una garantía de continuidad de su influencia en el Líbano a través de la presencia en el Gobierno de sus aliados. La reciente política de Washington de lucha contra el Estado Islámico

9. Especialmente delicada ha sido la ofensiva del Estado Islámico contra Aarsal en verano de 2014, rechazada por las FAL y Hezbolá.

puede contribuir positivamente a ese entendimiento. Sin embargo, mientras continúe la guerra civil en Siria, las bases de cualquier compromiso internacional sobre el Líbano seguirán siendo enormemente frágiles, por lo que lo más probable será una sucesión de acuerdos de mínimos combinados con el estallido de crisis periódicas cada vez que alguna de las partes vea amenazados sus intereses esenciales¹⁰.

Reflejo de este acercamiento Washington-Teherán ha sido el acuerdo, en febrero de 2014, para crear un nuevo Gobierno libanés que, aunque no supone resolver los problemas de falta de un consenso básico sobre el sistema político, al menos constituye un primer paso que ha aprovechado la existencia de una atmósfera regional más propicia (Dakroub, 2014). Destacado por su carácter mixto, el nuevo Gobierno incluye miembros del 8 y del 14 de Marzo, además de otros no encuadrados en ninguna de esas coaliciones. Su objetivo consiste en afrontar la crisis económica, restaurar el orden público y garantizar que la elección del presidente de la República y de un nuevo Parlamento se desarrolle

con normalidad. Esto requiere preservar un equilibrio, aunque sea precario, entre los distintos grupos, teniendo en cuenta sobre todo los intereses de Hezbolá y del Movimiento de Futuro, que pretenden conservar el liderazgo de sus respectivas comunidades, ya

Mientras continúe la guerra civil en Siria, las bases de cualquier compromiso internacional sobre el Líbano seguirán siendo enormemente frágiles, por lo que lo más probable será una sucesión de acuerdos de mínimos.

que de otro modo ambos estarían tentados de sabotear cualquier fórmula de entendimiento. Pero, por otro lado, ambos partidos también desean proyectar una imagen tranquilizadora ante el resto de la sociedad libanesa, de respeto al carácter plural de la misma y de tener en cuenta la fragmentación del poder en el país, lo que les mueve a asegurar un cierto grado de cooperación. En este sentido, la precaria paz existente dependerá del mantenimiento de un sutil equilibrio entre la continuidad del apoyo confesional para estas fuerzas y de su interés en conservar una imagen patriótica y nacional que fortalezca su posición en la política libanesa. El verdadero problema surgirá en el caso de que cualquiera de estos actores considere que debe renunciar a ese capital simbólico para poder conservar su liderazgo confesional.

10. Un acuerdo norteamericano-iraní podría intentar ser dinamitado por parte de distintos actores perjudicados. Así, Assad se opondría si considerara que ese consenso va a conducir a su salida del poder, pudiendo recurrir a fomentar el conflicto confesional libanés. Para Israel, el reforzamiento de la influencia regional iraní sería una mala noticia, y podría aprovechar la concentración de Hezbolá en el frente sirio para tratar de propinarle un golpe decisivo. Por su parte, Arabia Saudí tendría los mismos motivos para discrepar de tal acuerdo, cabiendo la posibilidad de que apoyara a algunas organizaciones yihadistas contra Hezbolá, algo que para algunos observadores ya está realizando (Dekel y Perlov, 2014).

Conclusiones

El Líbano se halla en la actualidad en un momento crítico de su historia, al producirse una interacción entre la guerra civil siria y sus propios problemas internos, lo que favorece una extensión de la violencia en su territorio. Si la situación era ya de por sí conflictiva antes de 2011, el impacto de la guerra en Siria ha alterado la estructura de oportunidad existente y ha reforzado a los grupos yihadistas que desean desafiar a Hezbolá. Pero la crisis libanesa no es solo el resultado de tensiones confesionales a escala nacional o regional, sino también de una creciente competencia intraconfesional en el seno de la comunidad suní, en la que se cuestiona la capacidad de sus representantes tradicionales para proteger sus vidas e intereses, al existir actores que tratan de aprovechar las circunstancias para expandir su influencia. Precisamente, estos

La crisis libanesa no es solo el resultado de tensiones confesionales a escala nacional o regional, sino también de una creciente competencia intraconfesional en el seno de la comunidad suní

factores han tenido un doble efecto: por un lado, la radicalización del Movimiento de Futuro en favor de los insurgentes sirios y, por el otro, la decisión de Hezbolá de implicarse crecientemente en la guerra civil vecina al sentirse amenazado y

presionar a Assad para que concentre sus esfuerzos en asegurar el control de la frontera entre ambos países. En este marco, se han producido múltiples incidentes que han arruinado la política de desvinculación de Najib Mikati y han ido configurando crecientemente un clima de enfrentamiento civil. Hasta ahora se ha podido evitar el enfrentamiento gracias a una cierta voluntad de contención por parte de los líderes políticos, que no desean perder su imagen frente al conjunto de la población y tratan de equilibrar sus intereses confesionales y nacionales. En esta tarea, se han visto apoyados por la comunidad internacional, que parece decidida a evitar el desbordamiento de la violencia en el conjunto del Líbano. Sin embargo, esa reiteración de incidentes puede alcanzar tal intensidad que el país acabe envuelto en un conflicto generalizado, lo que podría producirse si el Movimiento de Futuro o Hezbolá vieran amenazado su liderazgo comunitario. Tal posibilidad sería mucho más grave si alguna potencia internacional apoyara el desbordamiento de la violencia en el caso de percibir que el resultado de la guerra en Siria fuera perjudicial para sus intereses. En este caso, el Líbano correría el riesgo de precipitarse por el abismo de un nuevo conflicto civil de consecuencias dramáticas para todo Oriente Medio.

Referencias bibliográficas

- Al-Fakih, Ranan y Khraiche, Dana. «Nusra Branch Says Hermel Blast Response To Hezbollah in Syria». *The Daily Star* (17.01.2014) (en línea) [Fecha de consulta 20.01.2014] <http://www.dailystar.com.lb/News/Lebanon-News/2014/Jan-17/244320-nusra-branch-says-hermel-blast-response-to-hezbollah-in-syria.ashx>
- Barnes-Dacey, Julien. «Lebanon: Containing Spillover from Syria». European Council on Foreign Relations, *Policy Brief*, n.º 61 (diciembre de 2012).
- Berti, Benedetta. «Tensions in Tripoli: The Syrian Crisis and its Impact on Lebanon». *INSS Insight*, n.º 336 (20.05.2012) (en línea) [Fecha de consulta 09.03.2013] <http://www.inss.org.il/index.aspx?id=4538&articleid=2485>
- Biondi, Charles Brian. «The Impact of the Syrian Crisis on Lebanon. Local and Regional Rationales for Hezbollah's Involvement in Syria». *IAI Working Papers*, n.º 13 (31.10.2013).
- Black, Nathan W. *The Spread of Violent Civil Conflict: Rare, State-Driven and Preventable*. Tesis doctoral. Boston: Instituto Tecnológico de Massachussets, 2012.
- Buhaug, Halvard, et al. «Geography, Rebel Capability, and the Duration of Civil Conflict». *Journal of Conflict Resolution*, vol. 53, n.º 4 (2009), p. 544-569.
- Chaitani, Youssef. *Post-Colonial Syria and Lebanon. The Decline of Arab Nationalism and the Triumph of the State*. Londres: I.B. Tauris, 2007.
- Chemaly, Rita. *Le Printemps 2005 au Liban. Entre mythes et réalités*. Paris: L'Harmattan, 2009.
- Christoffersen, Mona; Liu, Jing; Thorleifsson, C.M. y Tiltnes, Age A. «Lebanese Attitudes Towards Syrian Refugees and the Syrian Crisis. Results from a National Opinion Poll». *FAFO Paper*, n.º 13 (2013) (en línea) [Fecha de consulta 20.01.2014] <http://www.fafo.no/pub/rapp/10179/10179.pdf>
- Chulov, Martin. «Syria Conflict Pits Shia Against Sunni As Hezbollah Says This Is 'War We Must Win'». *The Guardian* (01.01.2014) (en línea) [Fecha de consulta 05.01.2014] <http://www.theguardian.com/world/2014/jan/01/syria-shia-sunni-hezbollah-war>
- Corbeil, Alexander. «The Syrian Conflict and Sunni Radicalism in Lebanon». (09.01.2014) (en línea) [Fecha de consulta 12.01.2014] <http://carnegieendowment.org/sada/2014/01/09/syrian-conflict-and-sunni-radicalism-in-lebanon/gxw8>
- Dakroub, Hussein. «Cabinet Formed. Salam's Real Work Begins». *The Daily Star* (17.02.2014) (en línea) [Fecha de consulta 19.02.2014] <http://www.dailystar.com.lb/News/Lebanon-News/2014/Feb-17/247577-cabinet-formed-salams-real-work-begins.ashx#ixzz2u3Oz8AIU>

- Dakroub, Hussein y Lakkis, Hassan. «Ministers Seek Unified Formula on Resistance». *The Daily Star* (22.02.2014) (en línea) [Fecha de consulta 23.02.2014] <http://www.dailystar.com.lb/News/Lebanon-News/2014/Feb-22/248146-ministers-seek-unified-formula-on-resistance.ashx>
- Dehghanpisheh, Babak. «In Lebanon, Kidnapping By Clans Raise Alarm». *The Washington Post* (25.08.01) (en línea) http://www.washingtonpost.com/world/middle_east/in-lebanon-kidnappings-by-clans-raise-alarm/2012/08/24/e1702bb2-ee17-11e1-afd8-097e90f99d05_story.html
- Dekel, Udi y Perlov, Orit. «The Saudi Arabia and Kuwait “Outposts Project”: Al Qaeda and Its Affiliates». *INSS Insight*, n.º 517 (16.02.2014) (en línea) [Fecha de consulta 20.02.2014] <http://www.inss.org.il/index.aspx?id=4538&articleid=6608>
- Development Management International. «Rapid Assessment of the Impact of the Syrian Crisis on Socio-Economic Situation in Bekaa and the North» (agosto de 2012) (en línea) [Fecha de consulta 05.10.2013] www.data.unhcr.org/syrianrefugees/download.php?id=957
- Doar, Kira y Krauss, Joseph. «Return to Fatahland? Syria’s Refugees in Lebanon’s Conflict». *IMES Capstone Paper Series*, George Washington University (abril de 2013) (en línea) [Fecha de consulta 12.10.2013] https://www.gwu.edu/~imes/assets/docs/Capstone%20Papers%20-%202013/Capstone_Doar%20and%20Krauss.pdf
- Fearon, James y Laitin, David. «Ethnicity, Insurgency and Civil War». *American Political Science Review*, vol. 97, n.º 1 (2003), p. 75-90.
- Gambill, Gary. «Syria’s Triumph in Lebanon: Au Revoir les Ententes». *MERIA*, vol. 14, n.º 4 (2010), p. 26-46.
- Gurr, Ted. «Ethnic Warfare on the Wane». *Foreign Affairs*, vol. 79 n.º 3 (2000), p. 52-64.
- Heras, Nicholas A. «A Particular Province of Syria: An Eye on the Akkar». *Fair Observer* (12.07.2012) (en línea) [Fecha de consulta 20.12.2013] <http://www.fairobserver.com/article/particular-province-syria-eye-akkar>
- International Crisis Group. «Too Close for Comfort: Syrians in Lebanon». *Middle East Report*, n.º 141 (2013) (en línea) [Fecha de consulta 02.12.2013] <http://www.crisisgroup.org/-/media/Files/Middle%20East%20North%20Africa/Iraq%20Syria%20Lebanon/Lebanon/141-too-close-for-comfort-syrians-in-lebanon.pdf>
- International Crisis Group. «A Precarious Balancing Act: Lebanon and the Syrian Conflict». *Middle East Report*, n.º 132 (2012) (en línea) [Fecha de consulta 20.01.2013] <http://www.crisisgroup.org/-/media/Files/Middle%20East%20North%20Africa/Iraq%20Syria%20Lebanon/Lebanon/132-a-precarious-balancing-act-lebanon-and-the-syrian-conflict>

- International Crisis Group. «Lebanon's Politics: The Sunni Community and Hariri's Future Current». *Middle East Report*, n.º 96 (2010) (en línea) [Fecha de consulta 14.10.2013] <http://www.crisisgroup.org/~media/Files/Middle%20East%20North%20Africa/Iraq%20Syria%20Lebanon/Lebanon/96%20Lebanons%20Politics%20-%20The%20Sunni%20Community%20and%20Hariris%20Future%20Current.ashx>
- Karouny, Mariam. «Syrian Forces Re-Take Town in Qalamoun Region». *Reuters* (29.11.2013) (en línea) [Fecha de consulta 08.12.2013] <http://www.reuters.com/article/2013/11/29/us-syria-crisis-idUSBRE9AS0CP20131129>
- Lake, David y Rothchild, Donald. «Spreading Fear: The Genesis of Transnational Ethnic Conflict», en: Lake, David y Rothchild, Donald (eds.) *The International Spread of Ethnic Conflict*. Princeton: Princeton University Press, 1998, p. 3-23.
- Leenders, Reinoud. «“Regional Conflict Formations”: Is the Middle East Next?». *Third World Quarterly*, vol. 28, n.º 5 (2007), p. 959-982.
- Leigh, Karen. «State of the Battle: Fighting Tooth and Nail for Qalamoun». *Syria Deeply* (05.12.2013) (en línea) [Fecha de consulta 06.01.2014] <http://beta.syriadeeply.org/2013/12/state-battle-fighting-tooth-nail-qalamoun/#.UvZq82J5Oso>
- Leverett, Flynt. *Inheriting Syria: Bashar's Trial by Fire*. Washington D.C.: The Brookings Institution, 2005.
- Mourtada, Hania. «Sunni Leader Is Named Prime Minister in Lebanon». *The New York Times* (06.04.2013).
- Murdoch, James M. y Sandler, Todd. «Economic Growth, Civil Wars, and Spatial Spillovers». *Journal of Conflict Resolution*, vol. 46, n.º 1 (2002), p. 91-110.
- Nasr, Vali. *The Shia Revival. How Conflicts Within Islam Will Shape the Future*. Nueva York: WW Norton & Co., 2006.
- Nassief, Isabel. «Hezbollah and the Fight for Control in Qalamoun». *Institute for the Study of War* (26.11.2013), (en línea) [Fecha de consulta 04.01.2014] <http://www.understandingwar.org/backgrounder/hezbollah-and-qalamoun>
- National Dialogue Committee. «Baabda Declaration» A/66/849-S/2012/477, (11.06.2012), (en línea) [Fecha de consulta 12.11.2013] <http://www.securitycouncilreport.org/atf/cf/%7B65BF9B-6D27-4E9C-8CD3-CF6E4FF96FF9%7D/Lebanon%20S%202012%20477.pdf>
- Nerguizian, Aran. «The Lebanese Armed Forces». *CSIS Paper* (2009) (en línea) [Fecha de consulta 22.11.2013] http://csis.org/files/media/csis/pubs/090210_lafsecurity.pdf
- Norton, Augustus Richard. «Lebanon After Ta'if: Is the Civil War Over?». *Middle East Journal*, vol. 45, n.º 3 (1991), p. 457-473.

- Ouahes, Idir y Smith, Ben. «The Deal With Iran». SNIA6780, House of Commons Library, 13.12.2013 (en línea) [Fecha de consulta 23.01.2014] www.parliament.uk/briefing-papers/sn06780.pdf
- Rabinovich, Itamar. «The Changing of the Tide in the Syrian Civil War». *INSS Insight*, n.º 499 (17.12.2013) (en línea) [Fecha de consulta 05.01.2014] <http://d226e8pvoto2x3r.cloudfront.net/uploadImages/systemFiles/No.%20499%20-%20Itamar%20for%20web038091879.pdf>
- Rifi, Gassan. «Chaos Reigns in North Lebanon, Where Military Has Lost Control». *Al Monitor* (15.06.2012) (en línea) [Fecha de consulta 20.06.2012] <http://www.al-monitor.com/pulse/politics/2012/06/is-the-army-testing-the-declarat.html>
- Ryan, Curtis. «The New Arab Cold War and the Struggle for Syria». *MERIP*, vol. 42, n.º 262 (2012) (en línea) [Fecha de consulta 04.02.2013] <http://www.merip.org/mer/mer262/new-arab-cold-war-struggle-syria>
- Salamey, Imad. «Failing Consociationalism in Lebanon and Integrative Options». *International Journal of Peace Studies*, vol. 14, n.º 2 (2009), p. 83-105.
- Salehian, Idean. «No Shelter Here: Rebel Sanctuaries and International Conflict». *Journal of Politics*, vol. 70, n.º 1 (2008), p. 54-66.
- Salehian, Idean y Skrede Gleditsch, Kristian. «Refugees and the Spread of Civil War». *International Organization*, vol. 60 (2006), p. 335-366.
- Salem, Paul. «Can Lebanon Survive the Syrian Crisis?». *The Carnegie Papers* (diciembre de 2012) (en línea) [Fecha de consulta 09.01.2013] http://carnegieendowment.org/files/lebanon_syrian_crisis.pdf
- Saouli, Adham. «Stability Under Late State Formation: The Case of Lebanon». *Cambridge Review of International Affairs*, vol. 19, n.º 4 (2006), p. 701-717.
- Seale, Patrick. *Asad of Syria. The Struggle for the Middle East*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1995.
- Väyrynen, Raimo. «Regional Conflict Formations: An Intractable Problem of International Relations». *Journal of Peace Research*, vol. 21, n.º 4 (1984), p. 337-359.
- Vloeberghs, Ward. «The Hariri Political Dynasty after the Arab Spring». *Mediterranean Politics*, vol. 17, n.º 2 (2012), p. 241-248.
- Weiner, Myron. «Bad Neighbors, Bad Neighborhoods: An Inquiry into the Causes of Refugee Flows». *International Security*, vol. 21, n.º 1 (1996), p. 5-42.
- Winslow, Charles. *Lebanon: War and Politics in a Fragmented Society*. Londres: Routledge, 1996.
- Young, Michael. «Toward Conflict or Concord in Beirut?». *The Daily Star* (20.02.2014) (en línea) [Fecha de consulta 24.02.2014] <http://www.dailystar.com.lb/Opinion/Columnist/2014/Feb-20/247872-toward-conflict-or-concord-in-beirut.ashx#axzz2vSdCbW27>

- Young, Michael. «In Tripoli, A Conflict Exploited by All». *The Daily Star* (5.12.2013) (en línea) [Fecha de consulta 08.12.2013] <http://www.dailystar.com.lb/Opinion/Columnist/2013/Dec-05/239935-in-tripoli-a-conflict-exploited-by-all.ashx#axzz2vSdCbw27>
- Zisser, Eyal. «Hizballah in Lebanon: Between Tehran and Beirut, Between the Struggle with Israel and the Struggle for Lebanon», en: Rubin, Barry (ed.) *Lebanon. Liberation, Conflict and Crisis*. Nueva York: Palgrave-Macmillan, 2009, p. 155-176.